

Querido Rey de la Cabina:

¿No sabías que te iba a buscar por todas partes, por donde fuera? ¿Por qué no lo hiciste más fácil? No hubiera ido contigo de todos modos, si no querías, pero ¿acaso no lo querías? Júralo que no. Pero, entonces, ¿por qué irse de esa manera?

Ahora que sé que esta carta te va a llegar, aunque no te la den mis manos te va a llegar, me pregunto: ¿cómo será tu mundo ahí? Todo lo tuve que adivinar, tu silencio me llenó de palabras que iba encontrando, hebra con hebra.

¿Querías estar solo? ¿Era tanto ruido el amor? Son demasiadas preguntas, incluso para quien no las puede oír. Ya imagino tu cara (no te preocupes, no tienes que poner otra. Puedo imaginar tu cara, sólo eso). Mejor te hablo del tiempo, por ejemplo, que no es época de lluvias, y llueve.

Todo se moja sorprendido.

Cómo es la vida, ¿no? Será que uno se acostumbra a que, si todos los días sale el Sol, el resto tendría que ser igual de previsible y, quizás, eso sea lo único que podamos esperar con confianza. Lo digo sin tristeza, y sin enojo,

hay tanta libertad en esa idea de lo imprevisible (tú, que nunca podrías ir por un camino trazado, bien que me entiendes).

¿No son adorables los caminos mojados?

Hoy podría haber regresado con el autobús, más rápido y más seca. Pero vino la lluvia y ¿qué hubiera hecho ahí encima entre las caras cansadas de otros pasajeros? Me metí por el camino de tierra, de barro, es decir.

Encontré ese pedazo de cielo roto, ese vuelo quebrado, esa avecita muerta, y yo y la lluvia y ya sabes...

Ya tenía mi cuaderno empapado, de todos modos, lo apoyé en una parte más seca (imposible, llovía, ¿te lo dije más de cien veces hasta que se humedezca la piel de esta carta?). Cavé un pequeño hueco con la mano, tomé al ave (¿se sigue llamando así?, aun cuando las alas... ya sabes). La guardé ahí, la cubrí. Y, antes de que se tapara del todo, alcancé a ver cómo se convertía en un pez azul. ¿Guiñó un ojo? De eso no estoy segura, pero me pareció (de todas maneras, ¿me lo creerías?). Lo pondré así: creo (creo) que guiñó un ojo. Tal vez arrojó un beso, o simplemente se movió como cuando uno nace, y se dejó caer hasta el arroyo que pasa ahí cerca (ya lo conoces).

Puse las palmas hacia arriba para que la lluvia me lavara las manos. Luego tomé el cuaderno, y seguí caminando, mirando hacia atrás, viendo las huellas que dejaba, toda llena de preguntas, por ejemplo:

¿Desayunas?

¿Has visto caballitos de mar?

¿Y danzar a las algas?

Estoy segura de que tienes un perro, ¿cómo se llama?

¿O cómo te llama él? (es una broma, no te enojés).

¿Te has lastimado usando el hacha?

¿Pasaste frío alguna vez? (quiero decir: ¿hubo algún norte muy fuerte?).

¿Te volvieron más callado las estrellas?

¿Sigues haciendo juguetes?

¿Desde cuándo sabes manejar una grúa?

(Ay, una pregunta, ay, que no quisiera escribir porque haría que te dobles

hasta huir por el túnel

de tus propios bolsillos),

pero

(cuatro letras que hacen una puerta mágica),

pero

¿cómo no voy a hacértela?

La tengo desde el día en que descubrí
que faltaban fotos
(¿pensaste que no me daría cuenta?,
no sé por qué lo pregunto, sé que lo hiciste a pesar de eso).
Tú, que no llevas más que menos de lo necesario,
¿por qué cargaste con algo
tan pesado como mis fotos?
¿O no pesaban?
¿Pudiste, por fin (¡ojalá, por favor!),
ver que esa línea de tinta
azul como el pez
que serpentea en la hoja
después de obedecer mi mano
no eran rejas?
¿Harías el enorme milagro de usarla como alas?
Nada te atrapa
porque todo lo hace.
¿Me darías, entonces, el enorme regalo de ver
la pequeña serpiente azul de esta carta,
esta huella azul de mi pensamiento en la hoja,
como una sola línea que juega para abrazarte y la risa?

Querido amigo:
(puedo llamarte así,
ni todos los besos del mundo impedirán
que también te llame de esta manera).
Querido amigo,
pretendes que nada te atrape
porque sientes que todo lo hace.
Ay, ¿y si vieras que de verdad nada te atrapa?
¿De qué llenarías tus bolsillos?
(¿¡De qué no los llenarías!?, más bien, famoso glotón).
Por suerte tus bolsillos siempre serán más hambrientos
que tu prudencia y cualquiera de los hilos quebradizos
de cualquiera de tus miedos.
No te enojas si me pongo tan cerca,
piensa que fue el día de lluvia, y el camino de barro,
y mi cuaderno empapado, y el pez azul de la avecita muerta,
y los árboles que se inclinaban como ballenas en la orilla.
(¿Podrías creer que tuve que ayudarlos, uno por uno,
a regresar al mar?).
Son los feroces días de lluvia, arrastrados con cuadernos,
pisando el barro,
los mismos que emborrachan los árboles hasta el descuido,
hasta correr peligro, porque se olvidan si eran de agua o de tierra
y nada más se inclinan, porque eso era todo lo que querían hacer,
y tuve que ayudarlos, uno por uno, porque no
se querían levantar.

Llené la casa del barro que traía en los zapatos y empapé el suelo
al quitarme la ropa mojada.

Y tú, allá alto, manejando tu grúa.

Imagino que hoy no podrías ver qué tomas ni dónde lo dejas
en tu cabina más alta que las nubes.

Tu solitario reino de las alturas,
y de todos modos
ayudando a los demás.

Te pido,

por favor,

que la mano infinita de tu amable grúa jirafa

tome mi carta y la alce

(no le va a costar mucho trabajo, en cualquier caso),

y la alce hasta el Rey de la Cabina.

Que no se caiga,

por favor,

ni el pedazo de caña de azúcar,

ni la pluma del pez azul,

ni el dibujo de los árboles inclinados,

ni las algas de la tinta en los renglones,

ni el pañuelo,

ni el aire.



Querido Rey de la Cabina:

No te caigas,
no eres tú,
ni haciendo toda la fuerza del mundo,
no te caigas en la vertiginosa belleza de
otros abismos.
¿Extrañas?

Paloma